

DANIEL MENDIZÁBAL CASTILLO

YO-SUJETO ECOLÓGICO



Revista DUBIUS, Año 4, octubre, 2021
dubius.xyz
Categoría de Ensayo

© **Daniel Mendizábal Castillo**
Universidad Nacional Autónoma de México

Todas las fotografías incluidas son propiedad
del autor.

Disponible en <http://dubius.xyz/category/ensayo/>



DANIEL MENDIZÁBAL CASTILLO

YO-SUJETO ECOLÓGICO

En su libro *La Invención Ecológica: Narraciones y trayectorias de la educación ambiental en Brasil* (2006), Isabel Carvalho pone de manifiesto la historia que hace surgir al sujeto ecológico. Un prototipo de individuo militante de una ética ambiental, quien en su labor como intérprete buscará influir y transformar la manera en que pensamos el mundo. Este prototipo de sujeto ecológico puede ser visto como el perfil identitario de un héroe de izquierda, new age y/o un ortodoxo. Sin embargo, también existe la posibilidad de que el sujeto ecológico sea meramente una utopía societaria.¹

¹ Carvalho de Moura, IC. (2006). *La invención ecológica: narraciones y trayectorias de la educación ambiental en Brasil*. México: Universidad Iberoamericana de Puebla y Universidad Veracruzana.

*

En la madrugada del miércoles 9 de marzo de 2016, el choque de una masa de aire polar con una masa de aire tropical originó el frente frío número 45 (*Comunica UNAM*, 2016). Este evento climatológico, producto del encuentro de la decimoprimer tormenta invernal con el fenómeno meteorológico de El Niño², provocó fuertes lluvias y vientos, tormentas eléctricas, granizo y nieve en el noroeste, norte, occidente y centro del país. En la Ciudad de México los vientos alcanzaron los 80 km por hora, velocidades que no habían sido registradas en la región en los últimos diez años (Redacción *Aristegui Noticias*, 2016).

Durante el transcurso de ese miércoles, el Heroico Cuerpo de Bomberos de la Ciudad de México trabajó arduamente para atender los reportes de los impactos que habían tenido estos vientos en los habitantes de la ciudad. Al día siguiente, la mañana del 10 de marzo, las cifras oficiales de las afectaciones provocadas por los fuertes vientos fueron dadas a conocer. El total, 40 lonas desgarradas, 60 coches dañados, 70 espectaculares afectados y 510 árboles derribados (Redacción *Aristegui Noticias*, 2016). Ningún ser humano resultó lesionado (directamente) por la actividad de estos vientos.

Recuerdo con detalle aquella madrugada. Un fuerte crujir me despertó a la mitad de la noche. Me asomé por la ventana para tratar de identificar el origen del ruido; sin embargo, la fuerte tormenta no me permitía ver nada. Regresé a la cama y permanecí atento a cualquier otro sonido. El fuerte golpeteo de las gotas de lluvia sobre el techo de vidrio y el sonido producido por los bruscos movimientos de las ramas de los árboles me hicieron pensar en las distintas especies con las que compartía mi hogar. Pensé en los zanates y las tortolitas que cada mañana visitan el jardín; pensé en la familia de cacomixtles que ronda el estacionamiento por las noches; pensé en la araña manchada de monte que recién había instalado su telaraña en una esquina del patio. Deseaba que se encontraran bien, que sus capacidades y habilidades les permitieran hacer frente a esta irregular tormenta.

² El fenómeno meteorológico de El Niño es una oscilación que ocurre de manera natural, la cual provoca un aumento en la temperatura superficial del Pacífico Central Ecuatorial, alterando el clima y los ciclos hidrológicos de esta región. El evento de El Niño de 2014 a 2016 tuvo graves impactos en todo el planeta, con África como la región más afectada, donde 60 millones de personas sufrieron hambre y desnutrición debido a las sequías provocadas por este fenómeno.

Ya en la mañana, fue fácil identificar el origen de aquel sonido que me había despertado a la mitad de la noche. Uno de los árboles que vivía en el patio de la casa había sido arrancado del suelo por los fuertes vientos de la madrugada. El concreto que rodeaba al árbol se había quebrado en cientos de pedazos, lo que permitía que las raíces emergieran a la superficie. El árbol se había mantenido fijo al suelo gracias a la fuerza de las raíces. El ser en cuestión era un cedro blanco de más de 20 metros de altura y un follaje con un diámetro de 7 metros. Si este árbol se caía mi hogar se vería gravemente afectado.

De inmediato reportamos el incidente a los bomberos, quienes llegaron poco tiempo después. Tras un breve diagnóstico nos informaron que el árbol representaba un peligro. Los fuertes vientos habían expuesto las raíces del cedro en tal medida que la poda no sería suficiente para mitigar el riesgo. La única solución era derribarlo y trocearlo. Me invadió una profunda tristeza al escuchar esto. Ese árbol me había acompañado durante toda mi vida. El cedro blanco había vivido ahí incluso desde antes de que yo llegara a esa casa. Era un árbol de más de 25 años, y ese 9 de marzo de 2016 sería su último día de vida. Los bomberos nos informaron que debían de comenzar lo antes posible ya que se pronosticaban lluvias y vientos en el transcurso del día.

Mientras los bomberos se preparaban para derribar al cedro, una serie de recuerdos llegaron a mi mente. Recordé cuando era niño y jugaba con mi hermana a trepar ese árbol y llegar lo más alto que pudiéramos. Mi hermana siempre fue más ágil y lograba alcanzar las ramas más altas; yo era más miedoso. Recordé las fiestas de cumpleaños y las piñatas que solíamos colgar de las ramas más gruesas de ese majestuoso ser. Para facilitar el jaloneo de la piñata mi abuelo había incrustado una polea a la corteza de ese árbol. Recordé las varias ocasiones en que debajo de su follaje encontramos a polluelos que se habían caído de sus nidos y que cuidábamos con gran esmero para que pudieran regresar con bien a su hogar. En más de una ocasión el rescate no fue exitoso y realizábamos una pequeña ceremonia de despedida para esas pequeñas aves.

*El*³ cedro blanco formaba parte importante de mi vida. Mi historia, a través de muchas experiencias vividas en mi infancia y juventud, estaba circunscrita en la historia de vida de ese árbol. Numerosos recuerdos y aprendizajes sobre la vida y la muerte, la hermandad y el esfuerzo, se encontraban enmarcados en mi relación con este individuo. Nunca había sido consciente de ello. ¿En qué momento de mi vida me concebí como un elemento externo a este cedro? ¿En qué momento de la historia de la humanidad nos separamos del resto de las formas de vida?

Actualmente vivimos en la era del Antropoceno, marcada por grandes transformaciones a nivel atmosférico, geológico, hidrológico y biosférico, en medio de muchos otros procesos sistémicos que ocurren en la Tierra (Thomas, 2014). El ser humano es la “fuerza ‘natural’ planetaria” detrás de estas transformaciones (Hamilton, 2010, p. 9), y quien, en la búsqueda de la modernidad, se ha separado progresivamente del llamado mundo natural (Orr et al., 2015). Es esta escisión la que ha posicionado a *otros* animales, plantas, hongos y microorganismos como seres inferiores al ser humano. Es debido a esta división humano-naturaleza que durante años concebí mi historia como una historia externa a la historia de *el* cedro blanco.

Levanté la vista y observé a este magnífico individuo. De inmediato noté una serie de cuerdas que los bomberos habían amarrado a distintas alturas para sujetar con firmeza el frondoso follaje. Entre los tantos nudos, *el* cedro blanco se asemejaba a un prisionero de guerra⁴ que había sido aprehendido e inmovilizado. *El* cedro blanco no tenía escapatoria. El procedimiento de derribo había comenzado.

Rara vez en la historia de la humanidad hemos sido conscientes de la tragedia que representa nuestra relación con el mundo natural (Orr et al., 2015). A pesar de ello, la historia del ser humano se encuentra enraizada en él. Las prácticas y los conocimientos, las relaciones de poder y nuestra adaptabilidad y supervivencia, han sido influenciadas por el

³ Utilizo las cursivas para hacer énfasis en el reconocimiento de la individualidad, singularidad e identidad de *el* cedro blanco.

⁴ Durante los siglos XV y XVII en Japón se desarrollaron diversas formas de tortura y aprisionamiento entre las que destacaba el *shibari*, una técnica de inmovilización por medio de cuerdas. Hoy en día, este procedimiento ha dejado de ser usado en asuntos bélicos para convertirse en un arte y una práctica erótica.

medio ambiente que nos rodea (Aisher y Damodaran, 2016; Orr et al. 2015). La historia de la humanidad se encuentra inmersa en la historia del medio ambiente; por lo tanto, su comprensión y entendimiento dependerá de una exploración conjunta entre ambas historias (Aisher y Damodaran, 2016). La vida de *el* cedro blanco estaba inmersa en mi vida. Mi vida estaba inmersa en la vida de *el* cedro blanco. Era nuestra vida.

En el libro *When species meet* (2008), Donna Haraway escribe “*To be one is always to become with many*”⁵ (p. 4). El *ser* humano es una colaboración interespecífica. Nunca estamos solos; somos humanos relacionados con el resto de las especies y los elementos que conforman nuestro entorno (Ogden y Hall, 2015). Nuestra vida (y nuestra muerte) está vinculada con la vida (y la muerte) de los otros organismos (Kirksey y Helmreich, 2010), así como con el flujo de nutrientes y la materia con las que compartimos el espacio (Ogden y Hall, 2015). Es bajo este entendimiento posthumanista⁶ que las líneas que dividen al medio ambiente del ser humano, a la cultura de la naturaleza, se comienzan a difuminar (Kirksey y Helmreich, 2010). En el mundo posthumano, conceptos como historia y vida, naturaleza y cultura, salvaje y civilizado, el ser, lo real y lo humano, cambian su significado. La realidad es aprehendida desde distintos puntos de vista, provenientes desde distintos individuos, tanto humanos como no-humanos (Ogden y Hall, 2015).

En 2007, el Instituto Nacional de Salud de Estados Unidos (NIH por sus siglas en inglés) lanzó el Proyecto del Microbioma Humano para comprender el papel de la microflora humana en el tema de salud y enfermedad. Entre los resultados de este proyecto se encontró que 90% de las células que conforman al cuerpo humano son células de origen bacteriano. Únicamente 10% de *nuestras* células corresponden a células humanas (Thomas, 2014). En la piel y los intestinos, hasta en el propio genoma, el cuerpo humano está formado por una gran diversidad de microorganismos (Kirksey y Helmreich, 2010), los

⁵ “El ser uno es siempre devenir con muchos” (traducción del editor).

⁶ Neimanis A., y colaboradores (2015) mencionan la importancia de los estudios críticos del posthumanismo durante el Antropoceno, para tratar los dualismos naturaleza/cultura, ciencia/humanidades y cuerpo/mente. Estas autoras no hablan del posthumanismo como un rechazo a los métodos y enfoques del humanismo, sino como una perspectiva que permite enriquecer y fortalecer las experiencias y conocimientos de los estudios postdisciplinarios.

cuales intervienen en múltiples procesos físicos y mentales de los organismos (Thomas, 2014). Nuestra vida se encuentra entrelazada a las vidas de muchos otros individuos.

Es a esta microescala donde la frontera entre lo humano y lo no-humano⁷, entre ellos y nosotros, comienza a borrarse. Cada individuo se convierte en una colectividad de especies, y la “humanidad” se transforma en una congregación de múltiples formas de vida, interdependientes una de la otra (Thomas, 2014). Somos en conjunto. Y por ello, existe una necesidad actual de reorientar nuestro entendimiento del mundo; de reexaminar las relaciones de jerarquía y dominancia frente a otras formas de vida; de reconceptualizar la categoría de especie; de *ser* humanos de maneras distintas; de construir un mundo con una identidad fluida compartida (Fenske y Norkunas, 2017; Fuentes y Kohn, 2012; Ogden y Hall, 2015).

Un bombero se acercó a nosotros y nos explicó el procedimiento para derribar al cedro blanco. Realizarían un corte llamado cuña en la base del tronco que permitiría dirigir su caída. Posteriormente, en la posición contraria realizarían el corte de derribo para que el árbol cayera en el sentido deseado. Parecía una tarea sencilla, pero este trabajo debía de ser realizado con extrema cautela. Se escuchó un fuerte ruido proveniente de la base del tronco: la motosierra comenzaba su dura labor. De inmediato una pequeña parvada de aves salió volando de la copa del cedro. Pensé en el conjunto de virus, hongos, bacterias, levaduras, musgos, líquenes, insectos, arácnidos, reptiles y aves que habitaban ese cedro blanco. Algunos de ellos vivirían, mientras que otros, lamentablemente, morirían. Pensé en el impacto que tendría la muerte de este cedro blanco en estas especies, y el impacto que su muerte tendría en mí.

La relación histórica que el ser humano ha tenido con el resto de las especies ha sido compleja, íntima, recíproca, personal y ambivalente (Aisher y Damodaran, 2016). En las últimas décadas las ciencias sociales, la filosofía, los estudios culturales y las humanidades

⁷ Empleo el término no-humano para referirme al 99.99% de las diferentes formas de vida que habitan en el planeta que no pertenecen a la especie *Homo sapiens sapiens*. A través de este enfoque no-humano busco el reconocimiento de la diversidad de vida en la Tierra, así como el entendimiento de su estrecha relación con el ámbito humano. Pienso en esta aproximación como un primer paso para comenzar a difuminar las fronteras entre estos mundos.

han comenzado a considerar a las especies no-humanas dentro de sus intereses de estudio (Ogden y Hall, 2015). Un ejemplo son los ensamblajes multiespecies, los cuales buscan comprender cómo el entrecruzamiento de las historias de vida⁸ de los múltiples organismos que cohabitan un espacio se forma por y da forma a las fuerzas políticas, económicas y culturales presentes en el mundo (Kirksey y Helmreich, 2010). Es dentro de estos ensamblajes que la existencia del ser humano se entrelaza con la existencia de múltiples especies, y permite crear un espacio material, multicultural, multinatural, mágico y parcialmente conocido (Ogden y Hall, 2015): un mundo con un entendimiento más-que-humano⁹ (Aisher y Damodaran, 2016).

Después de un rato, uno de los bomberos se acercó para decirnos que el primer corte ya estaba listo. Faltaban pocos minutos para que el inmenso cedro blanco se desplomara frente a nosotros. Comencé a sentir un fuerte vacío, que poco a poco fue llenándose de tristeza. Decidí alejarme de la escena y caminé hacia el jardín. Ahí, me quedé observando detenidamente al resto de las especies que habitaban ese espacio. Era el mismo donde yo había vivido los últimos 25 años. Ése era nuestro hogar. ¿De qué manera las historias de estos *otros* seres se enmarcaban en *mi* historia? ¿Cuál fue, es, o será *nuestra* historia común?

Las distintas maneras en que vivimos, trabajamos, jugamos o simplemente ocupamos un lugar, nos permite atribuirles diversos significados a los espacios (Aisher y Damodaran, 2016). Estos lugares son repositorios de memoria cultural, identidad social, mitología y falsas memorias, así como sitios de producción y reproducción para los individuos que ahí habitan (Ogden y Hall, 2015). Es en ellos donde, si prestamos atención, podemos encontrar las zonas de contacto, aquellas conectividades e intersecciones que nos unen a las comunidades multiespecie (Haraway, 2008; Kirksey y Helmreich, 2010). En estas zonas de contacto, donde las vidas humanas y no-humanas se entrelazan de forma

⁸ En ecología, las historias de vida hacen referencia a la combinación de eventos demográficos y de etapas de desarrollo que ocurren en la vida de un organismo, desde su nacimiento hasta la muerte (Shefferson, 2010).

⁹ De acuerdo con Sarah Wright (2014), el mundo más-que-humano incluye a los seres vivos, los lugares, las emociones, las cosas y los flujos de energía y de materia. Es bajo el entendimiento de este mundo más-que-humano donde encontraremos otras maneras de ser y estar con/en él.

biológica, cultural y política, se da entrada a encuentros interaccionales, de coexistencia y de convivialidad, que permiten coproducir una realidad humana o, mejor dicho, una realidad más-que-humana (Aisher y Damodaran, 2016).

En estas zonas la ética representa una práctica de reconocimiento (Ogden y Hall, 2015). A través de ella es que podemos identificar las narraciones más-que-humanas presentes en los espacios, y reconocer las distintas formas en que estas narraciones se encuentran embebidas en las historias humanas (Aisher y Damodaran, 2016). El *ser/estar en conjunto* involucra asumir la responsabilidad de las historias compartidas ahí presentes (Haraway, 2008); historias que muchas veces se encuentran enmarcadas en dependencias mutuas y en relaciones asimétricas de poder; historias profundamente íntimas y contradictorias; historias que revelan complejas negociaciones en torno a la colonialidad, el género y la racialización (Pratt, 1991; Ogden y Hall, 2015).

De un momento a otro el piso retumbó con gran fuerza, seguido de un profundo silencio. El lugar que ocupaba *el* cedro blanco ya se encontraba vacío. Caminé de vuelta al patio y lentamente me acerqué a él. Me despedí. En cuestión de minutos, la vida de un gigante se había esfumado. La casa de millones de especies había desaparecido. Mi casa, mi familia y yo estábamos a salvo. Sin embargo, habíamos perdido a un miembro de nuestro hogar. Nuestra historia conjunta había finalizado.

Durante siglos, en el mundo occidental, los humanos hemos posicionado a los animales, las plantas, los hongos, los microorganismos y otras entidades no-humanas en lo que Agamben (1998) denominó *zoé* o "*bare life*". En esta dimensión, los individuos son reducidos a meras entidades biológicas, y son despojados de palabra y derechos. Por el contrario, aquellos individuos cualificados para pertenecer a una comunidad política se posicionan en el *bios*, desde donde podrán ejercer el poder sobre los cuerpos y la vida (Zapata-Clavería, 2016). Era en esta posición desde la que mi familia y yo habíamos decidido proteger *nuestro* hogar. Proteger *nuestra* casa. Protegernos. Era en ese *bios* donde habíamos tomado la decisión de acabar con la vida de *el* cedro blanco.

Nos concebimos como sujetos separados del "mundo real". Nuestras subjetividades se encuentran profundamente internalizadas, individualizadas y aisladas (Adsit-Morris y

Gough; 2017). La especie humana se ha convertido en el punto de referencia para valorar las demás formas de vida. Nos hemos autootorgado la capacidad de decidir lo que es considerado un sujeto y lo que es un objeto; de decidir quién vive y quién muere (Kirksey y Helmreich, 2010). En el mundo humano nos reconocemos solos y aislados, y esto ha traído graves impactos para el mundo humano, el mundo no-humano y el mundo más-que-humano (Ogden y Hall, 2015).

Vivimos en un planeta multicultural, multiespecie, multiorden y desigual (Haraway, 2008). La especie, el sexo, el género, la raza, la clase, la nacionalidad, la etnicidad, la sexualidad, las habilidades, entre muchas otras subjetividades, juegan un papel importante en la diferenciación y jerarquización de las identidades (Kirksey y Helmreich, 2010; Greenwood, 2003; Ogden y Hall, 2015). Es en este entorno desigual donde ciertas identidades son normalizadas y empoderadas, mientras que otras son divididas, controladas, limitadas, rechazadas y eliminadas (Brown et al., 2019). Debemos reconceptualizar lo que significa *ser* humano. Es momento de reconocer las singularidades y las pluralidades que habitan en el mundo, para así vivirnos en nuestra condición colectiva planetaria común (Hardt y Negri, 2004). Dejemos de pensar en el “yo” y en “ellos”, y pensemos en el “nosotrxs”. Esta fue la lección que aprendí de *el* cedro blanco. Una lección que sólo fui capaz de reconocer hasta el día de su muerte. Desde nuestras diferencias y nuestras múltiples identidades, *el* cedro blanco y yo habíamos creado una historia en conjunto.

Para poder transportar el cuerpo, los bomberos comenzaron a trocearlo y colocar las partes en un camión de carga. Llevarían los restos del cedro blanco hacia el centro de transferencia en Cuajimalpa, y posteriormente terminaría en la planta de composta. Ahí se trocearía en partes más pequeñas y comenzaría su proceso de biodegradación. Durante los meses siguientes, millones de organismos como bacterias, hongos y protozoarios, así como lombrices, escarabajos y ciempiés, se alimentarían de él hasta reducirlo a partes muy pequeñas. Con el tiempo, pasaría a formar parte del suelo. De nuestro suelo. Probablemente, *el* cedro blanco, o mejor dicho la composta de la cual formaría parte, terminaría en alguna jardinera, camellón o parque de la ciudad. De nuevo, este cedro sería

casa y alimento para millones de organismos. Comenzaría una nueva historia. ¿O podría ser la misma?

La vida del *ser* humano está entrelazada de forma múltiple y dependiente con un sinfín de formas de vida (Adsit-Morris y Gough, 2017). Estas interacciones son complejas, diversas y multifacéticas, y representan los cimientos desde donde las diversas formas de vida social y cultural se originan (Aisher y Damodaran, 2016; Kirksey y Helmreich, 2010). Pensar más allá de los límites de la experiencia humana nos permitirá conocer nuevas posibilidades de entender y ser con otras formas de vida, así como con el espacio más-que-humano que habitamos (Haraway, 2008). Estas nuevas perspectivas de entender lo que significa ser humano resultan esperanzadoras en la búsqueda la búsqueda de formas colaborativas de supervivencia alternas (Aisher y Damodaran, 2016), formas novedosas que nos lleven a un mejor habitar del planeta (Ogden y Hall, 2015).

Nuestros hogares, los jardines, las calles y los parques son espacios donde los humanos, y el mundo más-que-humano, experimentan y construyen sus historias. Durante mucho tiempo, muchas de estas historias han sido silenciadas, invisibilizadas e incluso eliminadas (Fenske y Norkunas, 2017). Un proyecto de mundos multiespecies permitirá el agenciamiento de aquellos sujetos y objetos que han sido silenciados, para así crear colectividades sociales y acciones colectivas, y darle un nuevo significado a la ciudadanía y al sujeto (Ogden y Hall, 2015). Apreciemos la animalidad¹⁰ de la vida humana y la humanidad de la no-humana. Entendamos la vitalidad del suelo, las rocas, e inclusive del mismo concreto. Cuestionémonos sobre otras formas de *ser/estar* aquí. Narremos nuevas historias sobre nuestra conexión con el planeta y sus habitantes.

Hoy, después de más de cinco años de ese frente frío número 45, todavía recuerdo a *el* cedro blanco. El espacio físico que ocupaba fue transformado en un pequeño recuadro donde ahora habita una gran biodiversidad. Sapitos, teléfonos, un bambú, lagartijas, arañas

¹⁰ En el mundo Occidental se ha insistido en la separación del mundo humano y del mundo natural. De acuerdo con Anderson (2000), la animalidad y la humanidad forman una dicotomía que refuerza estas separaciones. La animalidad es un punto de referencia para la construcción de diferencias socioespaciales jerarquizantes, y su significado, por parte de las sociedades hegemónicas occidentales, se encuentra entrelazado con asuntos raciales, de clase y de género. Para Anderson, la animalidad representa una relación entre la cultura y la naturaleza, que nos permita entender otras formas de pertenecer al mundo.

y millones de otros organismos (incluyendo ocasionalmente a los gatos de mi mamá) viven y se relacionan en este lugar. Un área donde, en el centro, se encuentra un tocón de 50 cm de altura, el cual solía ser la base de *el* cedro blanco. Las múltiples identidades que ahí habitan crean una infinidad de historias en conjunto con ese tocón. *El* cedro blanco, o parte de él, sigue siendo casa y alimento para todos estos otros seres. Y cada vez que estoy frente a este sitio pienso en *el* cedro blanco. ¿Acaso mi historia de vida sigue entrelazada a la de ese tocón?

Desde ese 9 de marzo de 2016 mi vida ha cambiado de manera radical. Salí del clóset, me titulé de la maestría, estoy en una relación desde hace cuatro años, adopté un gato y estoy a punto de mudarme a otra ciudad. En ocasiones me siento una persona completamente distinta a la que era en ese momento. Las múltiples identidades que me conforman, al igual que las de aquel cedro blanco, se han transformado con el paso del tiempo. Las experiencias y los aprendizajes dentro de y con el ambiente que me rodea y todos sus elementos me han hecho ver, sentir y pensar el mundo de distintas maneras. Yo formé parte de la historia de *el* cedro blanco, y él formó parte de la mía. Durante 25 años, construimos una historia en conjunto. Y esa historia aún se cuenta en mí.



Mi mamá, mi hermano y yo. Detrás de nosotrxs se encuentra el cedro blanco (1992)

Bibliografía.

- › ADSIT-MORRIS, C., & GOUGH, N. (2017) It takes more than two to (multispecies) tango: Queering gender texts in environmental education, *The Journal of Environmental Education*, 48:1, 67-78, DOI: 10.1080/00958964.2016.124933
- › AISHER, A., & DAMODARAN, V. (2016). "Introduction: Human-nature Interactions through a Multispecies Lens". *Conservation and Society*, 14(4), 293-304. <http://www.jstor.org/stable/26393253>
- › ANDERSON, K. (2000). "The Beast within': Race, Humanity, and Animality". *Environment and Planning D: Society and Space*, 18(3), 301-320. <https://doi.org/10.1068/d229>
- › CARVALHO DE MOURA, IC. (2006). *La invención ecológica: narraciones y trayectorias de la educación ambiental en Brasil*. México: Universidad Iberoamericana de Puebla y Universidad Veracruzana.
- › FENSKE, M., & NORKUNAS, M. (2017). "Experiencing the More-than-Human World". *Narrative Culture*, 4(2), 105-110. doi:10.13110/narrcult.4.2.0105
- › FUENTES, A., & KOHN, E. (2012). "Two Proposals". *The Cambridge Journal of Anthropology*, 30(2), 136-146. <http://www.jstor.org/stable/43610879>
- › GREENWOOD, DA. (2003). "The best of both worlds: A critical pedagogy of place". *Educational researcher*, 32 (4), 3-12. 10.1080/13504620802193572
- › HAMILTON, C. (2010). *Requiem for a species: Why we resist the truth about climate change*. London: Earthscan.
- › HARAWAY, D. J. (2008). *When species meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- › HARDT, M., & NEGRI, A. (2004). *Multitude: War and democracy in the age of Empire*. New York: The Penguin Press
- › KIRKSEY, SE., HELMREICH, S. (2010). "The emergence of multispecies ethnography. *Cultural Anthropology*", 25: 545-576. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2010.01069.x>
- › OGDEN, L., HALL, B., TANITA, K. (2013). "Animals, Plants, People, and Things A Review of Multispecies Ethnography". *Environment and Society: Advances in Research* 4, 5-24. doi:10.3167/ares.2013.040102
- › ORR, Y., LANSING, JS., DOVE, MR. (2015). "Environmental Anthropology: Systemic Perspectives". *Annual Review of Anthropology*, 44(1), 153-168. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-102214-014159>
- › THOMAS, JA. (2014). "History and Biology in the Anthropocene: Problems of Scale, Problems of Value". *The American Historical Review*, 119(5), 1587-1607. <https://doi.org/10.1093/ahr/119.5.1587>
- › ZAPATA-CLAVERÍA, M. (2016). "Convertir la zoé en bíos: democracia, representación y animales". *Acta Sociológica*, 71, 101-121. <https://doi.org/10.1016/j.acso.2016.07.001>

El presente ensayo se terminó de escribir el 14 de mayo de 2021

©Daniel Mendizábal Castillo, 2021

©DUBIUS, 2021, Pachuca, México

